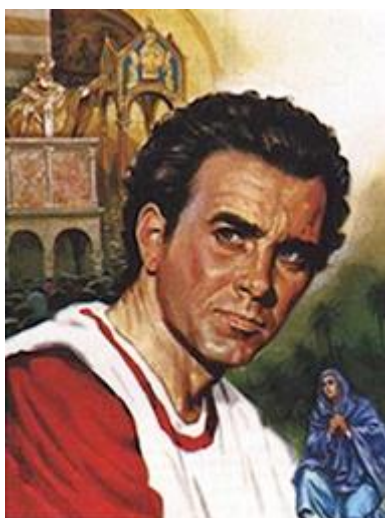




## SAN AGUSTÍN



Nuestro colegio lleva el nombre en honor de san Agustín de Hipona. A pesar de su lejanía en el tiempo, fue llamado por el Nobel de Literatura R. Eucken “*el primer hombre moderno*” por sus ideas pedagógicas y el valor que da a la interioridad de la persona. Como profesionales de la educación nos inspiramos en sus ideas pedagógicas y, sobre todo, en su amor por la búsqueda de la Verdad.

Conocemos bien su persona porque nos dejó el libro de sus “*Confesiones*”, que hace las delicias de los “*curiosos en investigar vidas ajenas y son perezosos en corregir la propia.*” (Confesiones X, 3, 3). Agustín nos dice dos motivos por los cuales las escribe, primero: “*Porque las confesiones de mis males pasados —que Tú ya perdonaste y cubriste cambiando mi alma con la fe y el bautismo para hacerme feliz en Ti—, cuando son leídas y oídas, excitan al corazón para que no se duerma en la desesperación y diga: ‘No puedo’, sino que se despierte al amor de tu misericordia y a la dulzura de tu gracia por la que es poderoso todo débil que reconoce su debilidad.*”; y segundo motivo, para que me conozcan “*otros que no me conocieron, que desean saber quién soy yo en este preciso momento en que escribo las Confesiones, los cuales, aunque me han oído algo o han oído a otros de mí, pero no pueden aplicar su oído a mi corazón, donde soy lo que soy. Quieren, sin duda, saber por confesión mía lo que soy interiormente, allí donde ellos no pueden penetrar con la vista, ni el oído, ni la mente.*” (Confesiones X, 3, 4).

### Familia y nacimiento

Aurelio Augustinus es su nombre latino. Desde niño fue persona inquieta, de gran inteligencia, que buscaba e indagaba sobre la verdad de las cosas que salían a su encuentro: “*Guardaba con mi inteligencia la integridad de mis cinco sentidos y me deleitaba en mi pensamiento con la verdad de las pequeñas cosas. No quería que me engañasen, tenía buena memoria y me iba instruyendo con la conversación. Me gustaba tener amigos, huía del dolor, de la humillación y de la ignorancia. ¿Qué cualidad hay que no sea digna de admiración y alabanza? Pues todas estas cosas son dones de mi Dios, que yo no me los he dado a mí mismo. Y todos son buenos y todos ellos soy yo.*” (Confesiones I, 20, 31).

Agustín nace el 13 de noviembre 354, en Tagaste, ciudad del imperio romano en el norte de África (actualmente Souk-Ahras, Argelia), de clima agradable, circundada de bosques, viñas, olivos, tierras de cereales, frutas y pastos.

Patricio, su padre, es descrito por Agustín como “*sumamente cariñoso, pero otras veces extremadamente colérico*” (Confesiones IX, 9, 19). Pese a no estar bautizado, permitió la educación cristiana de sus hijos y él mismo recibió el bautizo antes de morir, fruto de la oración, paciencia y perseverancia de su esposa Mónica.

Mónica, madre de Agustín, era cristiana de carácter paciente, firme y amable. En una sociedad típicamente machista tuvo que tolerar de su marido “*las injurias de sus infidelidades, jamás tuvo con él sobre este punto la menor riña, pues esperaba que tu misericordia [Señor] vendría sobre él y, creyendo en ti, se haría casto*” (Confesiones



IX, 9, 19). San Agustín narra cómo las amigas de Mónica se admiraban, *“sabiendo lo feroz que era el marido que tenía, de que no hubiese nunca indicio de que Patricio maltratase a su mujer, ni siquiera un día hubiesen estado desavenidos con cualquier discusión, y le pedían explicación aprovechándose de la amistad”*. Mónica les respondía que *“no se oponía a su marido enfadado, (...) y sólo cuando le veía ya tranquilo y sosegado le hablaba de lo que había hecho”*. (Confesiones IX, 9, 20). También hubo de ganarse a la suegra, inicialmente en contra, para terminar *“viviendo las dos en dulce y memorable armonía”* (Confesiones IX, 9, 22). Agustín tuvo, que conozcamos, un hermano llamado Navigio y una hermana, Perpetua, que fue superiora de uno de los monasterios femeninos por él fundados.

Mónica había educado a sus hijos en la fe y en la oración desde niños, de modo que Agustín pidió el bautismo: *“Tú viste, Señor, como siendo aún niño, sufrí un dolor de estómago que me abrasaba y me puso en trance de muerte. Tú viste también, Dios mío, pues eras ya mi guarda, con qué fervor de espíritu y con qué fe solicité de la piedad de mi madre y de la madre de todos nosotros, tu Iglesia, el bautismo de tu Cristo, mi Dios y Señor.”* Mónica había iniciado los preparativos para el bautismo *“cuando de repente comencé a mejorar. Y se aplazó mi purificación, juzgando que sería imposible que, si vivía, no me volviese a manchar y que el castigo de los pecados cometidos después del bautismo es mucho mayor y más peligroso.”* (Confesiones I, 11, 17).

### **Primeros estudios**

Acompañado de su hermano Navigio y de sus primos Rústico y Castidiano, Agustín comienza su educación primaria en Tagaste, donde aprende a leer, escribir y los rudimentos de matemáticas. Recuerda que sus padres le enviaron a *“la escuela para que aprendiera las letras en las cuales ignoraba, infeliz de mí, lo que había de utilidad. Con todo, si era perezoso en aprenderlas, era azotado, sistema alabado por los mayores”*, también encontró *“hombres que te invocaban, Señor, y aprendimos de ellos a sentirte, según nuestra capacidad, como un Ser grande que podía, escucharnos y venir en nuestra ayuda aunque no Te percibiésemos por los sentidos. De ahí que, siendo aún niño, comencé a invocarte como a mi refugio y amparo, y en tu llamada rompí los nudos de mi lengua y, aunque pequeño, te rogaba ya con gran afecto que no me azotasen en la escuela.”* (Confesiones I, 9, 14). Agustín reconoce que *“pecaba escribiendo, o leyendo, estudiando menos de lo que se le exigía. Y no era por falta de memoria o ingenio, que para aquella edad me los diste en abundancia, Señor, sino porque me gustaba jugar; aunque lo mismo hacían los que castigaban esto en nosotros. Pero los juegos de los mayores se disculpaban con el nombre de negocios, en tanto que los de los niños eran castigados por los mayores. Me azotaban por jugar a la pelota y con este juego impedía que aprendiera más rápidamente las letras, con las cuales de mayor había de jugar más perniciosamente. ¿Acaso hacía otra cosa el mismo que me azotaba, quien, si en alguna cuestioncilla era vencido por algún colega suyo, era más atormentado de la cólera y envidia que yo cuando en un partido de pelota era vencido por mi compañero?”* (Confesiones I, 9, 15). Agustín de niño *“no le gustaban las letras y odiaba que le obligasen a estudiarlas. Con todo, me obligaban y me hacían gran bien. Quien no hacía bien era yo, que no estudiaba sino obligado; pues nadie que obra contra su voluntad obra bien, aun siendo bueno lo que hace.”* (Confesiones I, 12, 19).

### **Agustín adolescente**

Con 12 años, se traslada Agustín a Madaura para continuar los estudios de secundaria. Inicia el estudio del griego y todavía de adulto se pregunta: *“¿Cuál era la*



*causa de que yo odiara las letras griegas, en las que siendo niño era instruido? No lo sé.* Sin embargo, lo llegó a conocer suficientemente para consultar los textos de las Escrituras y corregir algunas traducciones al latín. Por el contrario, dice *“me agradaban las letras latinas con pasión, no las que enseñan los maestros de primaria, sino las que explican los llamados gramáticos; porque aquellas primeras, en las que se aprende a leer y escribir y contar, no me fueron menos pesadas y enojosas que las letras griegas.”* (Confesiones I, 13, 20). La afición a la literatura latina le hace aprender pasajes enteros de los clásicos: Terencio, Plauto, Séneca, Salustio, Horacio, Apuleyo, Cicerón y el gran poeta Virgilio.

Estas lecturas de los paganos excitaban las pasiones adolescentes de Agustín haciendo que la separación de la familia no fuese solo física, sino también religiosa al irse alejando de las enseñanzas cristianas de su madre. Cuando tenía 16 *“tuve que interrumpir mis estudios al regreso de Madaura, ciudad vecina, a la que había ido a estudiar literatura y oratoria, en tanto que se hacían los preparativos necesarios para el viaje más largo a Cartago, más por deseo de mi padre que por la abundancia de sus bienes, pues era un muy modesto munícipe de Tagaste.”* (Confesiones II, 3, 5). Patricio consciente del potencial intelectual de su hijo desea que continúe sus estudios en Cartago, capital política y cultural del norte de África.

Agustín es feliz con sus inesperadas vacaciones de más de un año, las dedica a las aventuras con sus amigos y dar rienda suelta a sus apetitos: *“Hubo un tiempo de mi adolescencia en que ardí en deseos de hartarme de las cosas más bajas, y me asilvestré con varios y sombríos amores y se marchitó mi hermosura y me volví podredumbre ante tus ojos por agradarme a mí y desear agradar a los ojos de los hombres.”* (Confesiones II, 1, 1).

Mónica no deja de ejercer su misión educadora de madre: *“Ella quería –y recuerdo que me lo amonestó en secreto con gran insistencia- que no fornicase y, sobre todo, que no adulterase con la mujer de nadie. Pero estas amonestaciones me parecían mujeriles a las que me hubiera avergonzado obedecer. Pero en realidad eran tuyas, Señor, aunque yo no lo sabía, y por eso creía que tú callabas y que era ella la que me hablaba, despreciándote en ella, yo su hijo”* (Confesiones II, 3, 7). Continúa narrando Agustín: *“Era ciego que me avergonzaba entre mis compañeros de ser menos desvergonzado que ellos cuando los oía jactarse de sus maldades y gloriarse tanto más cuanto peor eran, queriendo hacerlas no sólo por el deleite de las mismas, sino también por ser alabado. Y cuando no había hecho nada que me igualase con los más perdidos, fingía haber hecho lo que no había hecho, para no parecer inocente y pacato.”* (Confesiones II, 3, 7). En esta situación se pregunta Agustín: *“¿por qué me gustaba no pecar solo?”*. Recordando el robo de las peras reconoce que *“yo solo no hubiera hecho nunca aquello; yo solo jamás lo hubiera hecho. Delante de ti, Dios mío, tengo vivo el recuerdo de aquel estado de mi alma, y repito que yo solo no hubiera cometido aquel hurto, en el que no me deleitaba lo que robaba, sino porque robaba pero que solo tampoco me hubiera agradado hacerlo. ¡Oh amistad enemiga, seducción indescifrable del alma, ganas de hacer mal por pasatiempo y juego, deseosa del daño ajeno sin ningún provecho propio y sin motivo de venganza! Pero basta que digan: ‘Vamos, hagamos’, para que se sienta vergüenza de no ser desvergonzado.”* (Confesiones II, 9, 17).

### **Agustín universitario**

Gracias la generosidad de Romaniano, gran mecenas y amigo de la familia, con 17 años se traslada a Cartago (actual Túnez) para iniciar sus estudios superiores. Así



describe Agustín su estado de ánimo: *“Llegué a Cartago, y por todas partes crepitaba en torno mío un hervidero de amores impuros. (...) Buscaba qué amar amando el amar y odiaba la seguridad y la senda sin peligros, porque tenía dentro de mí hambre del alimento interior (...) Y por eso no se sentía bien mi alma, y herida se arrojaba fuera de sí, ávida de restregarse miserablemente con el contacto de las realidades sensibles.”* (Confesiones III, 1, 1). Cartago contaba con foro, circo, anfiteatro y teatro donde se representaban espectáculos paganos contrarios a los valores cristianos. Agustín habla de su afición a ellos: *“Me arrebatában los espectáculos teatrales, llenos de imágenes de mis miserias y de incentivos del fuego de mi pasión.”* (Confesiones III, 2, 2).

### **Un amor de juventud**

Durante el primer año de su estancia en Cartago, muere su padre Patricio bautizado y viendo a su hijo encaminado en la carrera: *“Tenían aquellos estudios que se llaman honestos o nobles por fin y objetivo los debates públicos y hacer sobresalir en ellos tanto más laudablemente cuanto más engañosamente. ¡Tanta es la ceguera de los hombres, que hasta de su misma ceguera se glorían! Y ya había llegado a ser el primero de la escuela de retórica y me gozaba de ello soberbiamente y me hinchaba de orgullo.”* (Confesiones III, 3, 6). Pero el corazón de Agustín continuaba inquieto *“Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí, sobre todo si podía gozar del cuerpo de la amante.”* (Confesiones III, 1, 1). Llegó el amor de una cartaginesa *“porque al fin fui amado y llegué en secreto al vínculo del placer y me dejé atar alegre con ligaduras trabajosas, para ser luego azotado con las varas candentes de hierro de los celos, sospechas, temores, iras y contiendas.”* (Confesiones III, 1, 1). Agustín no revela el nombre de esta mujer con la que no se casó porque, siguiendo las costumbres de la época, el varón de condición social superior no podía casarse con una mujer de rango inferior, pero recuerda que le fue fiel: *“Por estos mismos años tuve una mujer, no en legítimo matrimonio, sino buscada por el ardor de mi pasión; pero una sola, a la que guardaba fidelidad en cuya relación experimenté la diferencia que hay entre el amor matrimonial con el fin de la procreación de los hijos y el amor sensual en el que los hijos nacen contra el deseo de los padres, aunque una vez nacidos se les quiere.”* (Confesiones IV, 2, 2). Esta mujer da a Agustín un hijo no deseado al que pone el nombre de Adeodatus, que significa “regalo de Dios”.

### **Búsqueda de la verdad**

En el transcurso de sus estudios, con 19 años, lee el Hortensius de Cicerón, famoso orador y filósofo romano. En este libro Agustín descubre la filosofía como camino hacia la verdad. La felicidad del ser humano no está en la posesión de las cosas materiales, ni en el disfrute sensual, sino en el gozo de la verdad: *“Disfrutaba con aquella exhortación porque me excitaba, encendía e inflamaba con su palabra a amar, buscar, lograr, retener y abrazar fuertemente no esta o aquella secta, sino la Sabiduría misma, estuviese donde fuese.”* (Confesiones III, 4, 8). En su camino hacia la verdad se acerca a las Sagradas Escrituras, pero le *“parecieron indignas de compararse con la majestad de los escritos de Cicerón. Mi orgullo rechazaba su estilo y mi mente no penetraba su interior. No percibí que las Escrituras eran así para hacer crecer a los pequeños; pero yo desdeñaba ser pequeño e, hinchado de soberbia, me creía grande.”* (Confesiones III, 5, 9).

Esta experiencia lleva a Agustín a la secta maniquea donde le prometen alcanzar la verdad por la sola razón y la solución al problema del mal que tanto le angustiaba:



*“Yo ignorante me alejaba de la verdad, cuando me parecía que iba hacia ella, porque no sabía que el mal no es más que privación del bien hasta llegar a la misma nada. Y ¿cómo lo iba a saber, si con la vista de los ojos solo veía cuerpos y con la del alma no pasaba de las imágenes? Tampoco sabía que Dios fuera espíritu y que no tenía miembros a lo largo ni a lo ancho, ni cantidad material alguna porque la materia no puede estar en todas partes como el espíritu, como Dios. También ignoraba qué es lo que hay en nosotros según lo cual somos y con verdad se nos llama en la Escritura imagen de Dios (Gn 1,17).” (Confesiones III, 7, 12.). Entre los maniqueos permanece nueve años —desde los diecinueve hasta los veintiocho— en los que “fuimos seducidos y seductores, engañados y engañadores, según la diversidad de nuestros apetitos; en público, por medio de aquellas doctrinas liberales; secretamente, con el falso nombre de religión, siendo aquí orgullosos, allí supersticiosos, y en todas partes vacíos. Buscando la gloria popular en los aplausos del teatro, los certámenes de poesía, las contiendas de coronas de heno, los juegos de espectáculos y el desenfreno de las pasiones.” (Confesiones IV, 1, 1).*

En el 374, con 20 años de edad y terminados los estudios superiores, regresa a Tagaste, pero su madre de fuerte convicción religiosa, no lo recibe en casa por ser maniqueo. Agustín se hospeda en casa de Romaniano por algún tiempo: *“Entre tanto, mi madre, fiel sierva tuya, lloraba en tu presencia mucho más que las demás madres suelen llorar la muerte corporal de sus hijos, porque con la fe y espíritu que había recibido de Ti me veía muerto. Y Tú la escuchaste, Señor; Tú la escuchaste y no despreciaste sus lágrimas, que, corriendo abundantes, regaban el suelo allí donde hacía oración. Porque ¿de dónde sino aquel sueño con que la consolaste, viniendo por ello a readmitirme en su compañía y mesa, ella que había comenzado a negarme ante la repugnancia y repulsa provocadas por las blasfemias de mi error?” (Confesiones III, 11, 19).*

### **La fuerza de la amistad**

En Tagaste abre una escuela de retórica y estrecha su relación con un amigo de infancia *“el tiempo en que por vez primera abrí cátedra en mi ciudad natal, adquirí un amigo, a quien amé con exceso por ser condiscípulo mío, de mi misma edad y hallarnos ambos en la flor de la juventud. Juntos nos habíamos criado de niños, juntos habíamos ido a la escuela y juntos habíamos jugado. Pero entonces no era tan amigo como lo fue después, aunque tampoco después lo fue tanto como exige la verdadera amistad, puesto que no hay amistad verdadera sino entre aquellos a quienes tú unes entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom 5,5). Con todo, era para mí aquella amistad —amasada con el calor de estudios semejantes— dulce sobremanera.” (Confesiones IV, 4, 7).* Poco después fallece su amigo: *“¡Con qué dolor se entenebreció mi corazón! Cuanto miraba era muerte para mí. La patria me era un suplicio, y la casa paterna un tormento insufrible, y cuanto había comunicado con él se me volvía sin él crudelísimo suplicio. Le buscaban por todas partes mis ojos y no parecía. Y llegué a odiar todas las cosas, porque no le tenían ni podían decirme ya como antes, cuando venía después de una ausencia: «He aquí que ya viene». Me había hecho a mí mismo un gran lío y preguntaba a mi alma por qué estaba triste y me conturbaba tanto, y no sabía qué responderme. Y si yo le decía: «Espera en Dios», ella no me hacía caso, y con razón; porque más real y mejor era aquel amigo queridísimo que yo había perdido que no aquel fantasma en que se le ordenaba que esperase. Sólo el llanto me era dulce y ocupaba el lugar de mi amigo en las delicias de mi corazón.” (Confesiones IV, 4, 9)*



Esta situación le lleva de regreso a Cartago acompañado de su familia y de Mónica su madre. Como profesor de retórica continua con su búsqueda de la Verdad y escribe su primera obra titulada *Sobre lo bello y apto*. Las preguntas que nacen de su corazón no encuentran respuesta: *“En estos nueve años escasos en que los oí con ánimo vagabundo, esperé con gran deseo la llegada del anunciado Fausto. Porque los demás maniqueos con quienes yo por casualidad topaba, no sabiendo responder a mis preguntas, me remitían a él, quien a su llegada y una sencilla entrevista resolvería muy fácilmente y de modo clarísimo todas mis dificultades. Tan pronto como llegó pude experimentar que se trataba de un hombre simpático, de grata conversación y que decía con mayor dulzura las mismas cosas.”* (Confesiones V, 6, 10) *“Así que cuando comprendí claramente que era un ignorante en las artes en las que yo le creía muy aventajado, comencé a desesperar de que me pudiese aclarar y resolver las dificultades que me tenían preocupado.”* (Confesiones V, 7, 12).

### **Agustín escéptico**

Desilusionado de encontrar la verdad en el maniqueísmo, cae en el escepticismo al pensar que, si la verdad existe, no hay ningún camino que la pueda alcanzar. En el año 383, a la edad de 29 años, Agustín decide cambiar de aires: *“Mi determinación de ir a Roma no fue por ganar más ni alcanzar mayor gloria, como me prometían los amigos que me aconsejaban tal cosa —aunque también estas cosas pesaban en mi ánimo entonces—, sino el motivo mayor y casi único era haber oído que los jóvenes de Roma eran más sosegados en las clases gracias a la rigurosa disciplina a que estaban sometidos, según la cual no les estaba permitido entrar a menudo y en tropel en las aulas de los maestros que no eran los suyos; todo lo contrario de lo que sucedía en Cartago, donde los escolares entran desvergonzada y furiosamente en las aulas y trastornando el orden establecido. Cometan además con increíble estupidez multitud de insolencias, que deberían ser castigadas por las leyes, de no excusarles la costumbre, la cual los muestra tanto más miserables cuanto cometen ya como lícito lo que no lo será nunca por tu ley eterna, y creen hacer impunemente tales cosas, cuando la ceguera con que las hacen es su mayor castigo, padeciendo ellos mayor mal del que hacen. Así, pues, me vi obligado a sufrir de maestro aquellas costumbres que siendo estudiante no quise adoptar como mías. Y por eso me agradaba ir a Roma, donde los que conocían aseguraban que no se daban tales cosas.* (Confesiones V, 8, 14).

Embarcado para Roma, Mónica *“lloró amargamente mi partida y me siguió hasta el mar. Pero hube de engañarla, porque me retenía por fuerza, obligándome o a desistir de mi propósito o a llevarla conmigo, por lo que fingí tener que despedir a un amigo al que no quería abandonar hasta que, soplando el viento, se hiciese a la vela. Así engañé a mi madre y me escapé.”* (Confesiones V, 8, 15). Llegado a puerto *“con toda diligencia había empezado a poner por obra el designio que me había llevado a Roma, que era enseñar el arte retórico, comenzando por reunir al principio a algunos estudiantes en casa para darme a conocer a ellos y por su medio a los demás. Pero pronto advertí con sorpresa que los estudiantes de Roma hacían otras travesuras que no había experimentado con los de Cartago. Porque si era verdad que en Roma no se practicaban las trastadas de los estudiantes de Cartago, los estudiantes romanos se ponían de acuerdo para de repente dejar las clases y pasarse a otro maestro para no pagar el salario debido, faltando así a su palabra y despreciando la justicia por amor del dinero.”* (Confesiones V, 12, 22).



Ante esta situación y apoyado por el maniqueo Símaco, prefecto de Roma, en el 384 Agustín se presenta en Milán, por entonces sede del emperador, a las oposiciones de Cátedra de Elocuencia y las gana.

### **Inicio del camino**

Mónica, con inmenso amor de madre, viaja a Milán al encuentro de Agustín. Cuando lo encuentra, ya había abandonado la secta maniquea, aunque todavía no era católico. Pensando en el futuro de su hijo y en un posible matrimonio, despidieron a la concubina que regresó a África: *“Arrancada de mi lado, como un impedimento para el matrimonio, aquella con quien yo solía compartir mi lecho; mi corazón, cortado por la parte que le estaba unido estaba herido y manaba sangre”* (Confesiones VI, 15, 25).

Agustín conoce al obispo Ambrosio en Milán y se siente cautivado por su amabilidad. Comenzó a frecuentar con regularidad sus predicaciones, con frecuencia acompañado de su madre, *“Aunque no procuraba aprender lo que decía, sino únicamente oír cómo lo decía —era el único interés que me quedaba desesperado ya de encontrar algún camino que condujera a la Verdad—, venían a mi mente, juntamente con las palabras que me agradaban, las cosas que despreciaba por no poder separar unas de otras, y así, al abrir mi corazón para recibir lo que decía elocuentemente, entraba al mismo tiempo gradualmente lo que decía de verdadero.”* (Confesiones V, 14, 24).

En la primavera del 386, con 31 años, Agustín ya era un prestigioso profesor de retórica en la escuela imperial de Milán. Fue encargado de redactar y pronunciar el discurso oficial al emperador Valentiniano II ante toda la corte. Ya tenía riqueza y gloria, pero no era un hombre feliz: *“Sentía vivísimos deseos de honores, riquezas y matrimonio, y tú te reías de mí. Y en estos deseos padecía amarguísimas fatigas, siéndome tú tanto más propicio cuanto menos consentías que hallase dulzura en lo que no eras tú. (...) ¡Qué miserable era yo entonces! Cómo obraste conmigo para que sintiese mi miseria en aquel día en que —como me preparase a recitar las alabanzas del emperador en las que había de mentir mucho y mintiendo había de ser favorecido de quienes lo sabían— respiraba anheloso mi corazón con tales preocupaciones y se consumía con fiebres de pensamientos insanos”* (Confesiones VI, 6, 9).

El sacerdote Simpliciano lo introduce en la lectura de los filósofos neoplatónicos que le ayudaran a superar el materialismo intelectual: Dios es espíritu, el mal no es una sustancia sino la ausencia y privación de bien, todo procede de Dios y disfrutar de la verdad es en realidad gozar de Dios. *“Alertado por aquellos escritos que me empujaban a retornar a mí mismo, entré en mi interior guiado por ti; y lo pude hacer porque tú te hiciste mi ayuda (Sal 29,11). Entré y vi con el ojo de mi alma, sobre mi mente, una luz inmutable, no ésta común y visible a toda carne ni otra parecida, aunque más grande, como si ésta brillase más y más claramente y lo llenase todo con su grandeza. No era esto aquella luz, sino cosa distinta, muy distinta de todas éstas. Ni estaba sobre mi mente como está el aceite sobre el agua o el cielo sobre la tierra, sino estaba sobre mí, por haberme hecho, y yo debajo, por ser hechura suya. Quien conoce la verdad, conoce esta luz, y quien la conoce, conoce la eternidad. El amor es quien la conoce.”* (Confesiones VII, 10, 16).

### **La conversión**

Las explicaciones del obispo Ambrosio le habían ayudado a descubrir el significado espiritual de las Sagradas Escrituras y a elevar su alma hacia Dios. *“Me admiraba de*



*que ya te amara a ti, no a un fantasma en tu lugar; pero no me sostenía en el goce de mi Dios, sino que, arrebatado hacia ti por tu hermosura, era luego apartado de ti por mi peso, y me desplomaba sobre las cosas con gemido, siendo mi peso la costumbre carnal. Pero conmigo estaba tu memoria, ni en modo alguno dudaba ya de que existía un ser a quien yo debía unirme, pero a quien no estaba yo en condición de adherirme, porque el cuerpo que se corrompe agobia el alma y la morada terrena deprime la mente que piensa muchas cosas” (Confesiones VII, 17, 23).*

En esa situación recibió la visita de Ponticiano, coterráneo suyo y “cristiano de largas y frecuentes oraciones”. Durante el encuentro le narra la vida de san Antonio Abad y la historia de los jóvenes cortesanos de Tréveris que acababan de dejar a sus novias para consagrarse a Dios, ambas historias animan a Agustín a decidirse por la búsqueda de Dios en vida común y en la castidad. *“Buscaba yo el medio de adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozar de Ti; no lo conseguiría sin abrazarme al Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos, el cual grita y dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida, y el alimento mezclado con carne que yo no tenía fuerzas para tomar. (...) Pero yo, que no era humilde, no tenía a Jesús humilde por mi Dios, ni sabía de qué pudiera ser maestra su debilidad.” (Confesiones VII, 18, 24).*

La decisión de unirse a Cristo la toma en el jardín de Milán cuando acompañado de su amigo Alipio *“lloraba con dolorosa contrición de corazón. Pero he aquí que oigo de la casa vecina una voz, como de niño o niña, que decía cantando y repetía muchas veces: «Toma y lee, toma y lee». (...) reprimiendo el ímpetu de las lágrimas, me levanté, interpretando esto como una orden divina de que abriese el libro y leyese el primer capítulo donde topase. (...) Así que, apresurado, volví al lugar donde estaba sentado Alipio y yo había dejado el libro del Apóstol. Lo tomé, lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que me vino a los ojos: ‘Nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias.’ (Rom 13,13). No quise leer más, ni era necesario, pues al terminar la frase se llenó mi corazón de una luz de seguridad y se disiparon todas las tinieblas de mis dudas.” (Confesiones VIII, 12, 29).*

Unos días después, durante el otoño de 386, habiendo renunciado a su cátedra, se retiró con Mónica, Adeodato, y sus amigos a Casiciaco, una propiedad campestre de su amigo Verecundo, para prepararse al bautismo profundizando en la verdadera filosofía que para él ya era inseparable del cristianismo. Mónica vivió con júbilo la vigilia pascual del 24 de abril del 387, en la cual su hijo Agustín, con 33 años, su nieto Adeodato y el amigo de estos, Alipio, reciben el bautismo de manos del obispo Ambrosio. Dice Agustín de su hijo que por entonces *“tenía unos quince años; pero por su inteligencia superaba a muchos y grandes varones” (Confesiones 9,6,14).*

### **El éxtasis**

Después del bautismo todos ellos se trasladaron a Ostia Tiberina, puerto de Roma, para coger el primer barco que los llevase de vuelta a África. Durante la espera aconteció el “éxtasis” compartido por Mónica y Agustín: *“Tú sabes, Señor, que en aquel día, mientras hablábamos de tus cosas —y a medida que hablábamos nos parecía más vil este mundo con todos sus deleites—, ella me dijo: Hijo, por lo que a mí toca, nada me deleita ya en esta vida. Ya no sé qué hago en ella ni por qué estoy aquí, muerta a toda esperanza del mundo. Solo deseaba detenerme un poco en esta vida por*





*verte cristiano católico antes de morir. Superabundantemente me ha concedido esto mi Dios, puesto que, despreciada la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago, pues, aquí?"* (Confesiones IX, 10, 26). Cinco días más tarde fallecía Mónica a los 56 años de vida.

### **Vida común en Tagaste**

El tiempo que Agustín permanece en Roma lo dedica a informarse sobre la vida de los monjes y a escribir contra los maniqueos. Antes de su conversión, había pensado fundar una especie de fraternidad de vida común con algunos amigos y discípulos deseosos, como él, de profundizar en las cuestiones fundamentales de la filosofía en busca de la verdad. Una vez bautizado retoma la idea, pero inspirada ahora en la primera comunidad cristiana de Jerusalén, dedicándose a la búsqueda de Dios en vida común, estudio y oración: *"Tú, que haces morar en una misma casa a los de un solo corazón', nos asociaste también a Evodio, joven de nuestro pueblo, quien, militando como 'agente de negocios', se había convertido a ti y bautizado antes que nosotros y, abandonada la milicia del mundo, se había alistado en la tuya. Juntos estábamos, y juntos pensando vivir en santa concordia, buscábamos el lugar más a propósito para servirte, y juntos regresábamos a África."* (Confesiones IX, 8, 17). En el 388, Agustín se estableció en Tagaste donde, después de vender su modesto patrimonio familiar, comienza a vivir como siervo de Dios, poniendo todos los bienes en común con sus amigos y su hijo Adeodato que fallecerá poco después con 17 años de edad.

### **Agustín, sacerdote**

Agustín fue "siervo de Dios" por propia elección, mientras que sacerdote, obispo y polemista fue arrastrado por las circunstancias. Descubre que el cristiano crece no conociendo más, sino sirviendo mejor porque el servicio a la Iglesia es servicio a Cristo y la caridad está por encima de todas las cosas. El criterio de perfección cristiana no es el conocimiento sino el amor. El amor de Agustín a la Iglesia, cuerpo de Cristo, es lo que le impide negarse a lo que el pueblo fiel solicita, aunque esto suponga cambios no deseados en su vida.

El año 391 Agustín viaja a Hipona con el propósito de ganar para la vida monástica a un amigo. Allí el anciano obispo Valerio buscaba un sucesor que continuase el servicio a la iglesia de Hipona. La comunidad proclama el nombre de Agustín para el sacerdocio. Este alega ante el obispo que no puede prescindir de la compañía de los hermanos y Valerio le ofrece un huerto cerca de la iglesia donde puede continuar la vida en común fundando la primera comunidad monástica de Hipona: *"El amor a la verdad busca el ocio santo, y la urgencia de la caridad acepta la debida ocupación. Si nadie nos impone esta carga, debemos aplicarnos al estudio y al conocimiento de la verdad. Y si se nos impone, debemos aceptarla por la urgencia de la caridad. Pero incluso entonces, no debe abandonarse del todo la dulce contemplación de la verdad, no sea que, privados de aquella suavidad, nos aplaste esta urgencia."* (La ciudad de Dios XIX, 19).

### **Agustín obispo.**

Valerio le ordena obispo auxiliar en el 395 y esto supone un nuevo reto para su vocación monástica: *"Llegué al episcopado y me percaté de que el obispo tiene la necesidad de ofrecer hospitalidad a los que sin cesar van y vienen, pues si no lo hiciese se mostraría inhumano. Delegar esa función al monasterio parecía inconveniente. Por*



*esa razón opte por fundar en esta casa episcopal el monasterio de clérigos". (Sermón 355, 2). En ella acogió a cuantos sacerdotes estaban dispuestos a vivir el ideal de la pobreza evangélica poniendo todo en común según el modelo de la primitiva iglesia de Jerusalén, en amistad fraterna, oración, estudio y trabajo.*

Durante su episcopado, sin olvidar el cuidado de sus fieles de Hipona, se dedica a la defensa y unidad de la Iglesia católica. Continúa en su búsqueda de la Verdad predicando, escribiendo y discutiendo con diferentes grupos que debilitaban la unidad de la Iglesia: maniqueos, donatistas, arrianos, pelagianos, priscilianistas, etc.

El 28 de agosto del año 430, muere Agustín estando la ciudad asediada por los vándalos. Tenía 76 años de edad y casi 40 de servicio a Dios y a la Iglesia. Pero Agustín sigue vivo en sus obras porque están dictadas desde el corazón "*¿Qué es mi corazón, sino un corazón humano?*" (*La Trinidad 4,1*). Con su doctrina sigue iluminando nuestro camino y su pensamiento es fuente segura para los seres humanos de todos los tiempos porque brota de la experiencia de Dios, prenda de vida eterna. "*El mismo amor es nuevo y eterno; es siempre nuevo, porque jamás envejece*" (Comentario sobre los salmos 149,1).

**P. Pedro Luis Moráis**